

El cuarto evangelio y la cuestión histórica

Se ha celebrado el segundo centenario de la publicación del primer fragmento de H. S. Reimarus¹, y la cuestión, planteada entonces por primera vez en términos del Jesús histórico y de la historicidad de los relatos evangélicos, alcanza a nuestros días sin haber dado con un planteo definitivo. Es verdad que los vaivenes han sido múltiples y complejos², sin embargo, los muchos aspectos implicados en dicha cuestión siguen siendo objeto de atención e interés por parte de la crítica histórico-literaria de los evangelios³. Recientemente E. Trocmé, supuesto el *impasse* en que se encuentran los estudios sobre esta problemática, se pregunta si no hay un fallo metodológico fundamental en el planteamiento de la cuestión⁴.

¹ Aunque propiamente el fragmento que nos interesa data de 1778: *Von dem Zwecke Jesu und seiner Jünger*, «Noch ein Fragment des Wolfenbüttelschen Ungennanten. Herausgegeben von Gotthold Ephraim Lessing». Braunschweig, según cita de A. SCHWEITZER, *Geschichte der Leben Jesu Forschung*, Siebenstern-Taschenbuch Verlag, 2 vols., München und Hamburg, sin fecha, vol. 1, p. 56.

² Para el siglo XIX y comienzos del XX, cf. la citada obra de A. SCHWEITZER. Un resumen interesante por la brevedad y concisión, sobre todo de los trabajos publicados en este siglo: G. MINETTE DE TILLESSE, *Le secret messianique dans l'évangile de Marc*, Lectio divina 47, du Cerf, París, 1968, «Le secret et l'histoire», pp. 445-484.

³ Ver, por ejemplo, J. CABA, *De los evangelios al Jesús histórico*, BAC, Madrid, 1971, con abundante bibliografía. Intentar una nota bibliográfica de este punto rebasa los límites del trabajo. Véase W. TRILLING, *Jesús y los problemas de su historicidad*, Herder, Barcelona, 1970.

⁴ «On s'étonne que les tenants de la «new quest» n'arrivent pas à des résultats plus convaincants et piétinent sans motif apparent. Comme ce n'est ni faute de science ni faute d'intelligence, on en vient à se demander s'il n'y aurait pas quelque part une erreur de méthode», E. TROCMÉ, *Jésus de Nazaret vu par les témoins de sa vie*, Delachaux & Niestlé, Neuchâtel, 1971, pp. 21-22.

Por otra parte, el problema de la historicidad del cuarto evangelio ha ocupado, en estos dos siglos, un lugar más oscuro y difícil de definir. Si, a comienzos de siglo, la opinión de la no-historicidad de los relatos del evangelio de Juan era patrimonio de la «ortodoxia crítica»⁵, hace poco más de diez años surgió una fuerte tendencia a aceptar como históricos muchos de los fragmentos del evangelio de Juan⁶. Los últimos años se han mantenido en silencio sobre la cuestión⁷. Además, no deja de ser significativo que el comentario de A. Bea a la Introducción de la Comisión Bíblica sobre la verdad histórica de los evangelios⁸ se limita a la historicidad de los relatos sinópticos⁹. ¿Es que el cuarto evangelio tiene una historicidad diversa? Y si este fuera el caso, ¿qué significa esta diversidad?

Este trabajo quisiera inscribirse en la línea apuntada por Troc-mé: intentar dar con algún fallo metodológico fundamental, que, al mezclar cuestiones de diversa índole, haya viciado la articulación del problema de la historicidad. Para ello, y centrando el problema en el caso del cuarto evangelio, se situará primero el planteamiento dentro de los estudios acerca de la historicidad de los relatos de Juan. Luego, será necesario atender a una parcela importante de los estudios sobre los sinópticos para sacar alguna consecuencia de cara al problema de la historicidad del cuarto evangelio. Un tercer

⁵ «But for our purposes we may say broadly that *current critical orthodoxy on the fourth Gospel...*», J. A. T. ROBINSON, «The New Look on the Fourth Gospel», en la obra, *Twelve New Testament Studies*, Studies in Biblical Theology 34, SCM Press, London, 1962, p. 95 (el artículo había sido publicado previamente en *Studia Evangelica*, I, TU 73, ed. Kurt Aland, Berlín, 1959).

⁶ Cf. el citado artículo de J. A. T. ROBINSON. Ver, además, A. M. HUNTER, *According to John*, SCM Press, London, 1968, pp. 36-55. Véase también R. H. FULLER, *The New Testament in current Study*, SCM Press, London, 1964, pp. 142-144. Los ecos de esta apreciación se perciben en algunos comentarios: R. E. BROWN, *The Gospel according to John I-XII*, The Anchor Bible 29, Doubleday, New York, 1966, Introduction, pp. L-LI; R. SCHNACKENBURG, *Das Johannesevangelium*, I. Teil, «Herders Theologischer Kommentar zum Neuen Testament», Band IV, Erster Teil, Herder, Freiburg i. B., 1965, p. 31, etc.

⁷ Constatación comentada en: O. TUÑÍ, «El cuarto evangelio: balance de un decenio», *Sell*, 11 (1974) 243-290, pp. 255-257.

⁸ Texto latino e italiano en *L'Osservatore Romano* del 14 de mayo de 1964. La traducción castellana se publicó en *Ecclesia*, de Madrid, el 30 de mayo de 1964. Puede verse ahora en J. CABA, *op. c.*, pp. 80-86. Es de notar que el texto de la instrucción sólo en una ocasión habla de los «cuatro evangelios».

⁹ Aunque, en justicia, hay que notar que el trabajo de A. BEA es anterior a la publicación de la Instrucción, como él mismo indica en el prólogo: A. BEA, *La historicidad de los evangelios sinópticos*, Razón y Fe, Madrid, 1965.

apartado intentará dar con un planteamiento diverso de la cuestión histórica dentro del evangelio de Juan.

1. EL CUARTO EVANGELIO Y LA HISTORIA

Hacer un balance de lo que se ha dicho sobre la historicidad del cuarto evangelio es adentrarse en una cuestión de dimensiones descomunales¹⁰. Sin embargo, no puede soslayarse si queremos tener una cierta perspectiva de cara a plantear el problema correctamente. Procuraré reducirme a los aspectos más sobresalientes y significativos.

a) *El cuarto evangelio y las vidas de Jesús*

Como es bien sabido, el siglo pasado fue testigo de un despliegue colosal de energías en pos de la reconstrucción de la vida de Jesús¹¹. Dentro de este vasto campo, y con riesgo evidente de simplificación, se aprecian tres tendencias en la valoración de la información histórica del cuarto evangelio: 1) La primera pone el acento en la armonización de los datos históricos de Juan y de los evangelios sinópticos. Es el punto de vista de Reimarus¹², que retoman Hess¹³, Paulus¹⁴, Hase¹⁵, etc.¹⁶. 2) Un segundo grupo de autores prefiere (por razones a veces muy diversas) la información histórica del cuarto evangelio a la de los sinópticos. Sobresalen aquí Schleiermacher¹⁷ y Renan¹⁸. El talante dogmático del racionalismo teológico del primero tiene muy poco que ver con la inquisición histórica de Renan a través de su «quinto evangelio». Sin

¹⁰ Puede verse lo publicado en este sentido entre 1920 y 1965 en E. MALATESTA, *St. John's Gospel 1920-1965*, Analecta Biblica 32, Pontifical Biblical Institute, Rome, 1967, pp. 43-45.

¹¹ La obra clásica sobre este período es la de A. SCHWEITZER, *Geschichte der Leben Jesu Forschung*, cfr. nota 1.

¹² *Ibid.*, Band 1, pp. 56-68.

¹³ *Ibid.*, pp. 71-73.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 88-96, sobre todo pp. 91-92.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 97-100.

¹⁶ Se pueden añadir todavía los nombres de K. H. WEIZSÄCKER, confrontar *ibid.*, pp. 226-227; W. BEYSLAG, cf. *ibid.*, pp. 238-239. En el segundo volumen ofrece ecos de esta tendencia en la investigación anglosajona y en el ala conservadora alemana de comienzos de siglo, cf. *ibid.*, Band 2, pp. 595-596.

¹⁷ *Ibid.*, Band 1, pp. 100-105.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 207-218.

embargo, para Renan, a pesar de los muchos matices, «Juan es el mejor biógrafo»¹⁹. Tampoco a esta línea le han faltado continuadores²⁰. 3) Finalmente, están los que rechazan el cuarto evangelio como fuente de información histórica. El planteo de la cuestión se debe —según A. Schweitzer— a Herder, pero sólo se hace radical en Strauss, y adquiere su punto culminante en F. Chr. Baur²¹. Desde entonces esta cuestión tiene todas las características de una disyuntiva: o se aceptan los sinópticos o Juan. La información histórica de los sinópticos tiene muchos más argumentos en su favor: luego hay que abandonar el evangelio de Juan como fuente histórica²².

De hecho, esta última tendencia se impone a finales del siglo XIX. De tal manera que, a comienzos de nuestro siglo, se puede decir que la opinión generalizada entre los exégetas es que el cuarto evangelio no contiene información histórica propia. Lo que puedan parecer datos históricos han sido sacados de los sinópticos (sobre todo de Marcos)²³. Conviene recordar que R. Bultmann, al publicar su obra sobre Jesús, en 1926, renunció expresamente a hacer referencias al cuarto evangelio²⁴.

b) *La cuestión de las fuentes y la crítica literaria*

Ya el siglo XIX había sido testigo de algunos intentos de desglosar el evangelio de Juan en una fuente más antigua, a la que se añadía la ulterior elaboración del autor. Para alguno esta fuente más antigua era narrativa (Renan²⁵). En cambio, para otros era

¹⁹ «Aber eigentlich bleibt Johannes doch der beste Biograph», *ibid.*, página 209.

²⁰ Por ejemplo: A. SCHWEITZER, cf. *ibid.*, pp. 161-162; L. NOACK, *ibid.*, páginas 201-206; DE JONGE, cf. *ibid.*, Band 2, pp. 368-369; W. KRICHBACH, cf. *ibid.*, pp. 370-372; E. BOSCH, cf. *ibid.*, pp. 375-376.

²¹ Cf. para HERDER, *ibid.*, Band 1, pp. 76-78; para STRAUSS, *ibid.*, pp. 106-131, sobre todo pp. 122-124; para F. CHR. BAUR, *ibid.*, p. 158, nota 4.

²² El rechazo del cuarto evangelio como fuente de información histórica tiene otros muchos representantes. Entre ellos: CHR. H. WEISSE, cf. *ibid.*, pp. 158-161; TH. KEIM, *ibid.*, pp. 234-237; W. BOUSSET, *ibid.*, pp. 257-258; A. LOISY, *ibid.*, Band 2, p. 343, nota, etc.

²³ Opinión representada precisamente por A. LOISY. Cf. a este respecto el artículo *Jean* (évangile de), en DBS, vol. IV, cols. 838-841 (E. B. Allo).

²⁴ Dice, a este respecto, en la introducción: «The Gospel of John cannot be taken into account at all as a source for the teaching of Jesus, and it is not referred to in this book», *Jesus and the Word*, Fontana Books, London, 1958, p. 17.

²⁵ Cf. A. SCHWEITZER, *Geschichte der Leben-Jesu-Forschung*, Band 1, p. 209.

una fuente de discursos (Weisse²⁶). J. Wellhausen y E. Schwartz no aceptaron esta criteriología. Para ellos tanto los fragmentos narrativos como los discursos contienen elementos de una fuente más antigua. Las partes secundarias (posteriores) serían los viajes a Jerusalén de antes del capítulo 7, los fragmentos que tratan del discípulo amado, los que son comunes con los sinópticos y los alargamientos homiléticos de los discursos²⁷. Los trabajos de Wendt y Spitta sobre un Grundschrift tienen un fin común: recuperar fragmentos que se remontan al apóstol Juan. Sin embargo, sus conclusiones son casi contradictorias²⁸.

La investigación de Hirsch (1936) sobre las fuentes del cuarto evangelio intentaba la separación de un estrato evangélico (alterado y corregido por el redactor) y de un estrato redaccional. No trata, por tanto, de recuperar un Grundschrift o fuentes escritas. Por otra parte, su criteriología no es estilística (precisamente por las correcciones del redactor) sino de contenidos²⁹. La hipótesis de R. Bultmann, que distingue dos fuentes (de signos y de discursos) y la labor de un redactor eclesialógico, resulta muy familiar, y no es necesario describirla con más detalle³⁰.

Desde el punto de vista que nos interesa, la investigación sobre las posibles fuentes del cuarto evangelio no aportó una evidencia decisiva. Más bien hay que subrayar que algunos trabajos surgidos sobre todo a raíz de la hipótesis de R. Bultmann (E. Schweizer, E. Ruckstuhl, B. Noack, D. M. Smith³¹) hacen cada vez más cuestionable el trabajo en este sentido³².

²⁶ *Ibid.*, pp. 159-160.

²⁷ *Ibid.*, Band 2, pp. 591-592.

²⁸ Cf. W. F. HOWARD, *The Fourth Gospel in Recent Criticism and Interpretation*, Epworth Press, London, 1931, pp. 111-112.

²⁹ Cf. D. M. SMITH, *The Composition and Order of the Fourth Gospel*, Yale University Press, New Haven and London, 1965, p. 68, nota 42.

³⁰ Una exposición detallada y —hasta cierto punto— crítica se encuentra en la obra citada en la nota anterior. Otros trabajos sobre el mismo tema en la nota siguiente.

³¹ Cf. un resumen de estas aportaciones en Ph. H. MÉNOUD, *Les études johanniques de Bultmann à Barrett*, en la obra en colaboración, *L'Évangile de Jean (Recherches Bibliques III)*, Desclée, Louvain 1958, pp. 11-40, y del mismo autor, *L'Évangile de Jean d'après les recherches récentes*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel-Paris, 1947. Naturalmente, la obra de D. M. Smith no está incluida en la panorámica de Ménoud.

³² Hay que contar, con todo, el interés demostrado por varios exégetas en estos últimos años, que ha vuelto a poner sobre el tapete la cuestión de las fuentes, y, más concretamente, la posibilidad de reconstruir una fuente de signos, cfr. para un resumen del estado de la cuestión, O. TUÑÍ, «El cuarto evangelio: balance de un decenio (1964-1973)», en *SeIL* 11 (1974), pp. 249-252.

Hay que notar, con todo, que paralelamente al estudio sobre las fuentes se trabajó cada vez más en el análisis comparativo entre los evangelios sinópticos y Juan. Los frutos de estos análisis, juntamente con la imposibilidad de determinar unas hipotéticas fuentes prejoanneas, desembocaron, a partir de 1938³³, en la tesis de la independencia de Juan respecto de los sinópticos. La disyuntiva de F. Chr. Baur parecía recibir la confirmación de la crítica literaria. Pero las matizaciones iban a relativizar más tarde lo radical de esta postura.

c) *La «nueva imagen» y la historicidad*

Paradójicamente, cuando los intentos de dar con un documento o fuente base parecían fallidos y los exégetas comenzaban a inclinarse por la independencia de la tradición joannea respecto de la sinóptica, surgió con fuerza la convicción de la antigüedad de algunas de las tradiciones históricas del cuarto evangelio. Es importante, en este sentido, la constatación de J. A. T. Robinson en 1957, al escribir sobre lo que llama el «new look» del cuarto evangelio: «lo que caracteriza a este nuevo talante hermenéutico es una apertura a reconocer que, en la tradición joannea, podemos estar, en algunos puntos, tan cerca del Jesús histórico como los evangelios sinópticos»³⁴.

Entre las muchas razones que movieron a bastantes exégetas hacia esta postura³⁵ hay que citar los descubrimientos arqueológicos³⁶, una datación más antigua de la propugnada hasta entonces³⁷, los documentos de Qumran³⁸ y la citada independencia respecto de los sinópticos³⁹.

La lógica de la nueva actitud es contundente: al admitir la

³³ En la conocida obra de P. GARDNER-SMITH, *John and the Synoptic Gospels*, Cambridge, 1938.

³⁴ «The New Look on the Fourth Gospel», en *Twelve New Testament Studies*, SCM Press, London, 1962, p. 100.

³⁵ Cfr. *supra*, nota 6.

³⁶ W. F. ALBRIGHT, «Recent discoveries in Palestine and the Gospel of St. John», en el volumen dedicado a C. H. DODD, *The Background of the New Testament and its Eschatology*, editado por W. D. Davies and D. Daube, Cambridge, 1956, pp. 153-171.

³⁷ Sobre todo a partir de la publicación de los papiros p 66 y p 75.

³⁸ Véase la reciente monografía sobre el tema: *John and Qumran*, editada por J. H. Charlesworth, G. Chapman, London, 1972.

³⁹ Postura aceptada hoy prácticamente por todos los exégetas del cuarto evangelio, aunque con matizaciones, cfr. O. Tuñí, «El cuarto evangelio: balance de un decenio (1964-1973)», *SelL* 11 (1974), pp. 248-249.

independencia de las tradiciones joanneas respecto de los evangelios sinópticos y al encontrar indicios cada vez más convincentes de la consonancia de la topografía⁴⁰, de las costumbres judías⁴¹, la cronología⁴² y los rasgos más importantes de la figura de Jesús con el medio ambiente de aquella época, juntamente con el acuerdo fundamental con los datos de los sinópticos⁴³, una conclusión se impone: estamos ante una obra en la que se pueden alcanzar los niveles más antiguos de la primitiva tradición cristiana.

Sin embargo, a pesar del interés innegable despertado por esta línea de investigación, no parece que haya contribuido excesivamente a la aclaración del problema de la historicidad del cuarto evangelio. En efecto, pocos años más tarde publicaba C. H. Dodd su segundo volumen sobre el cuarto evangelio: *Historical Tradition in the Fourth Gospel* (Cambridge, 1963). La conclusión de este vasto estudio comparativo con fragmentos sinópticos podría resumirse así: muchos de los materiales que están a la base del actual texto evangélico se remontan a los estadios más primitivos de la tradición sobre Jesús. El cuarto evangelio llega tan lejos como los sinópticos. Por tanto, su valor histórico está fuera de duda.

Ahora bien, la obra de Dodd —calificada por alguno como definitiva⁴⁴— era el fruto maduro de la tendencia apuntada por J. A. T. Robinson. Y a pesar de ello, su impacto en los estudios joanneos ha sido prácticamente nulo⁴⁵. Sus ecos sólo se perciben en algunas afirmaciones genéricas de los comentarios aparecidos en los últimos diez años⁴⁶, pero no ha ejercido influjo alguno en

⁴⁰ Cf. D. MOLLAT, «Remarques sur le vocabulaire spatial du 4^e Evangile», en *Studia Evangelica*, I, TU 73, Akademie Verlag, Berlin, 1959, pp. 321-328; *id.*, *Introduction à l'étude de la Christologie de St. Jean* (Ad usum privatum auditorum), Rome, 1970, «La présence de Jésus dans l'espace et le temps humains», pp. 71-84.

⁴¹ Cf. para bibliografía, E. MALATESTA, *St. John's Gospel, 1920-1975*, pp. 25-28.

⁴² Cf. *ibid.*, p. 16.

⁴³ Aspecto especialmente trabajado por C. H. DODD, *The Apostolic preaching and its development*, Cambridge, 1936, pp. 77-129 y 164-173, y retomado (ampliándolo) en *Historical Tradition in the Fourth Gospel*, Cambridge, 1963. Véase, también, D. MOLLAT, *L'évangile et les épîtres de Saint Jean*, La Sainte Bible, du Cerf, París, 1973, pp. 9-10.

⁴⁴ R. E. BROWN en su recensión en TS, 25 (1964), 431: «Perhaps this reviewer is prejudiced because D's view is close to his own, but in its broad outlines D's solution seems to be definitive».

⁴⁵ Cf. para esta apreciación O. TUÑÍ, «El cuarto evangelio: balance de un decenio (1964-1973)», SELL, 11 (1974), 255-257.

⁴⁶ Cf. *ibid.*, y la nota 6 de este trabajo.

los trabajos de la «New Quest»⁴⁷. Y ese que, en realidad, las conclusiones del estudio de Dodd adolecen de varias limitaciones serias: 1) según el estudio de Dodd sólo los materiales que tienen paralelos en los sinópticos pueden ser valorados históricamente; 2) que estos materiales sean un reflejo cristalino de lo que Jesús hizo y dijo es una cuestión muy diversa; 3) finalmente, no hay, en el estudio de Dodd, ningún aspecto que tenga en cuenta el *tipo de historicidad* que caracteriza el cuarto evangelio. En otras palabras, no se atiende en ningún lugar del citado estudio al talante de la obra para preguntarse por el papel o función de la información histórica dentro de la misma. Es decir, las detalladas comparaciones de Dodd se mueven en el terreno de la historia de las formas. En cambio, se prescinde de lo que puede aportar a la discusión el conjunto y el tono general de la obra. Los materiales tradicionales quedan intactos al ser incardinados en el texto evangélico y, desde esta perspectiva, se subraya que hay datos, en el cuarto evangelio, que complementan los de los sinópticos.

Pero todo esto se hace como si todos estos documentos estuvieran exactamente al mismo nivel, como si pretendieran lo mismo, como si se pudiera aislar un fondo *neutro* de información histórica, que sirviera para reconstruir la historia de Jesús. Ahora bien, el mismo C. H. Dodd, hace ya algunos años, había prevenido contra los peligros de un tal acercamiento metodológico a la cuestión de la historicidad⁴⁸. Es verdad que entonces se trataba de rechazar *hechos brutos*, inarticulados e inarticulables, como fondo que se desprendía de un análisis meramente histórico de los evangelios. En realidad, sin embargo, el acercamiento actual parece proceder con la misma ambigüedad que entonces. Es aquí donde alcanzamos el *impasse* denunciado por E. Trocmé. En el fondo habría que intentar dar con el planteo que nos obligue a avanzar, sin olvidar lo ya adquirido. Hay que dar con la pregunta correcta.

Los reflexiones que siguen quisieran moverse en esta dirección. Para ello será indispensable hacer alguna referencia al problema de la historicidad de los relatos evangélicos en general, para centrarnos luego con la problemática específica del cuarto evangelio.

⁴⁷ El interesante resumen de G. MINETTE DE TILLESSE, citado más arriba (nota 2) ni siquiera lo menciona.

⁴⁸ C. H. DODD, *History and the Gospel*, Nisbet & Co., London, 1938, pp. 22-30.

2. LA VERDAD HISTÓRICA DE LOS EVANGELIOS

No es necesario describir detalladamente la evolución de esta amplia problemática⁴⁹. Por otra parte, la perspectiva de nuestros días respecto a este problema nos permite un distanciamiento crítico de la investigación del siglo XIX⁵⁰. Es bien conocido, además, que la reacción antiliberal llevó la bandera de la historicidad al extremo opuesto⁵¹. Y la «new quest» ha llegado a una vía media que, aceptando el correctivo antiliberal en un cierto grado (sobre todo a través de los análisis de la Formgeschichte), ha intentado poner de relieve la relevancia de Jesús y la posibilidad de alcanzar algo más que el mero «dass» de la revelación⁵².

Ahora bien, contemporáneamente a la llamada «new quest», surge un método complementario de la Formgeschichte: el (mal llamado) método de la historia de la redacción (Redaktionsgeschichte). No es necesario detenerse aquí en subrayar su importancia ni en describir sus logros⁵³. Lo que sí puede ser interesante es buscar sus implicaciones en torno al problema de la historicidad de los relatos evangélicos.

a) Uno de los divulgadores de este nuevo método exegético, N. Perrin, subraya el hecho de que, en lo que hace referencia a la cuestión de la historicidad, el método de la historia de la redacción ha complicado el problema⁵⁴. En el fondo se trata de constatar que hay un intermediario más entre Jesús y nosotros. Una puerta más a franquear antes de alcanzar a Jesús. Pero, en reali-

⁴⁹ Véase lo dicho *supra*, notas 2 y 3.

⁵⁰ Las «vidas de Jesús» que han aparecido en estos últimos años (por ejemplo las de G. BORNKAMM y C. H. DODD, para citar dos ejemplos) parten de unos presupuestos muy diversos de los que alimentaban los esfuerzos titánicos del siglo XIX.

⁵¹ Si se quiere como fruto de la crítica de la llamada «teología dialéctica» que luego debía diversificarse en otros puntos, pero ciertamente no en éste.

⁵² Como representante podemos citar el libro de J. M. ROBINSON, *A New Quest of the historical Jesus*, Studies in Biblical Theology 25, SCM Press, London, 1961, aunque son más incisivos los artículos de E. KÄSEMANN, sobre todo su ulterior respuesta a BULTMANN (*Exegetische Versuche und Besinnungen*, II, Göttingen, 1964, pp. 42-68).

⁵³ Puede verse J. ROHDE, *Die redaktionsgeschichtliche Methode. Einführung und Sichtung des Forschungsstandes*. Furche Verlag, Hamburg, 1966 (obra más bien descriptiva del camino de esta investigación en la que se encuentra a faltar una valoración). Cf. también, en plan de divulgación, N. PERRIN, *What is Redactioncriticism?*, SPCK, London, 1970; en castellano puede verse H. ZIMMERMANN, *Los métodos histórico-críticos en el Nuevo Testamento*, BAC, Madrid, 1969, pp. 233-284.

dad, esta apreciación no mide el problema con todas sus consecuencias. No sólo estamos ante un obstáculo más a superar, sino, y sobre todo, ante una nueva interpretación de carácter diverso. Veámoslo.

b) La pregunta por la historicidad de los relatos evangélicos, hecha desde la perspectiva de la historia de la redacción, es decir, desde la concepción personal (teológica) de cada autor, no puede apelar, como a único criterio de respuesta, a la cantidad de información histórica contenida en la obra. En el fondo este criterio ha sido definitivo hasta nuestros días (a pesar de las protestas por parte de los muchos autores que todavía lo utilizan): quien tenga más información histórica es más histórico. Pero, en el fondo, se basa en dos presupuestos falsos: 1) presupone, en primer lugar, que los evangelios son biografías, asunción que se ha abandonado ya —por lo menos, como decía, teóricamente— hace mucho tiempo⁵⁵. Pero, además, 2) pone exactamente en el mismo nivel a todos los evangelios sinópticos. Con lo cual deja de lado la aceptada dependencia de Mt. y Lc. respecto de Mc. y parece olvidar que no hay historia cruda de bruta facta, sino lo que se da siempre e inevitablemente es la historia más la interpretación⁵⁶.

En otras palabras, el planteo del problema de la historicidad dentro del plan o intención del autor debe aceptar de entrada la esencial diversificación que imponen a los materiales los diversos autores y sus ópticas y tener en cuenta lo que algunos han llamado el carácter confesional de los mismos⁵⁷.

c) Dentro de esta misma línea es importante hablar de la necesaria valoración histórica de cada autor. La historia de la redacción como interpretación *historificante* de los hechos y dichos de Jesús, debe hacer resaltar en cada una de las presentaciones de los evangelistas el papel que juega la historia y lo histórico.

Es necesario subrayar y mantener la diferencia en el planteo del problema de la historicidad de los relatos evangélicos entre el nivel de la historia de las formas y el de la historia de la redacción. En el primero nos encontramos con fragmentos y perícopas *desligados*. Son relatos de milagros, apotegmas, controversias, etc. Evidentemente que son géneros diversos y, como tales, no pueden ser catalogados en el mismo apartado. Ni tampoco su cercanía a

⁵⁴ *Op. c.*, pp. 69-72.

⁵⁵ Cf., por ejemplo, C. H. DODD, *History and the Gospel*, pp. 22-30.

⁵⁶ Es casi superfluo citar aquí nombres como H. Marrou, bien conocidos y asimilados por todos.

⁵⁷ A. DULLES, *Apologetics and the Biblical Christ*, New York, 1964.

los hechos será la misma en todos los casos⁵⁸. En otras palabras, el elemento interpretador será más o menos grande y, por tanto, la teología que contenga estará más o menos desarrollada. Lo que sí es verdad, de todos estos fragmentos desligados, es que podrán ser abordados por un talante teológico que, para simplificar, podríamos llamar de *teología fundamental*. A estos fragmentos podrá acercarse el crítico de la historia para verificar en qué medida cumplen los criterios establecidos para medir su coherencia con los datos conocidos acerca de los elementos culturales, religiosos, etcétera⁵⁹.

En cambio estos mismos fragmentos, en cuanto forman parte de un *conjunto* (los evangelios), no pueden escapar a la valoración de su historicidad por parte del autor. Es decir, en los evangelios hay que contar con el talante histórico de los evangelistas. A la inevitable dosis de interpretación que encontramos ya en las formas se le sobrepone una nueva interpretación en profunda conexión con el papel que los relatos y su mismo valor histórico tendrán para cada autor. Lo importante, con todo, es tener en cuenta que no se trata de una simple reinterpretación: hay una inevitable valoración del papel de lo histórico dentro de cada uno de los evangelios. Y esta valoración se hace en el horizonte creyente de cada evangelista. Por ello, en paralelo con lo que decía antes, y con el peligro de simplificar, hay que decir que el talante que caracteriza a los relatos evangélicos desde la óptica de la historia de la redacción es el de *teología dogmática*. Dentro de este nivel, la pregunta por la cantidad de información histórica ocupa un lugar claramente subordinado. Al talante dogmático le interesa más el papel de lo histórico que la cantidad de datos contenidos en las obras.

d) El problema de la historicidad de los evangelios no queda, por tanto, simplificado. Pero este deslindamiento de niveles puede ayudar a aclarar la complejidad. Desde esta perspectiva es, por ejemplo, evidente que no podemos decir que uno de los evangelios es más histórico que otro porque contenga más información histórica. El valor histórico de la obra vendrá más bien marcado por

⁵⁸ Es interesante esta toma de conciencia: E. TROCMÉ, *Jésus de Nazaret vu par les témoins de sa vie*, Delachaux & Niestlé, Neuchâtel, 1971; J. GNILKA, *Jesus Christus nach frühen Zeugnissen des Glaubens*, Kösel Verlag, München, 1970.

⁵⁹ Cf., por ejemplo, I. DE LA POTTERIE, «Come impostare oggi il problema del Gesù storico?», *Civiltà Cattolica*, 120 (1969), II, 447-463; N. PERIN, *op. c.*, p. 69, etc.

el papel de lo histórico para el autor, por pequeña que sea la información histórica que contenga. En este sentido son interesantes algunos de los estudios que se han hecho⁶⁰, y que muestran la diversidad de planteamientos entre los mismos evangelios sinópticos. En el contexto de lo dicho, a pesar del mayor interés de Lucas por la historia, el evangelio de Marcos aparece como una innovación historificante de suma importancia, en la que los elementos históricos adquieren la categoría de tesis, frente a tendencias de carácter más o menos atemporal o gnostizante⁶¹.

Evidentemente que en este contexto se hace más urgente la pregunta por el género literario de cada evangelio. Pregunta que responde, lógicamente, al nivel de la redacción: ¿qué tipo de obra subyace a estas presentaciones kerigmáticas de Jesús? El tipo de escrito deberá responder necesariamente a la pregunta por el papel de lo histórico dentro del relato. La pregunta por los géneros literarios no ha agotado todavía todas sus virtualidades.

3. LO HISTÓRICO EN EL CUARTO EVANGELIO

La diversidad entre el cuarto evangelio y los sinópticos, notada desde siempre⁶², no impide un intento de aplicación de las reflexiones que anteceden. En primer lugar, porque los estudios de estos últimos años parecen transportar la problemática de los sinópticos al cuarto evangelio con cierto éxito⁶³. Pero, además, precisamente porque el nivel de la redacción ha sido siempre ob-

⁶⁰ Por ejemplo, para Marcos, E. SCHWEIZER, «Die Theologische Leistung des Markus», *Evangelische Theologie*, 24 (1964), 337-355 y G. MINETTE DE TILLESSE, *op. c.*, cap. conclusivo «Le secret et l'histoire», pp. 445-516; para Mateo, G. STRECKER, «Das Geschichtsverständnis des Mathäus», en *Evangelische Theologie*, 26 (1966), 57-74; para Lucas es casi innecesario recordar la importancia de la obra de H. CONZELMANN, *Die Mitte der Zeit*, Tübingen, 1954.

⁶¹ Punto especialmente subrayado por E. SCHWEIZER, en el artículo citado en la nota anterior.

⁶² No es necesario esperar al siglo XIX para esta constatación, ya los PP. hablaban del «evangelio espiritual» (Clemente de Alejandría) y del autor como «el Teólogo».

⁶³ Véanse, especialmente: R. T. FORTNA, «Source and Redaction in the Fourth Gospel's portrayal of Jesus' signs», *JBL*, 89 (1970), 151-166; J. L. MARTYN, «Source criticism and Religionsgeschichte in the Fourth Gospel», en la obra en colaboración *Jesus and man's hope, A Perspective Book*, Pittsburg, 1970, vol. I, pp. 247-273; R. KYSAR, «The source analysis in the Fourth Gospel, a growing consensus?», *NT*, 15 (1973), 134-152; G. W. MACRAE, «The Fourth Gospel and Religionsgeschichte», *CBQ*, 32 (1970), 13-24

jeto de atención —casi exclusiva— a causa del poco éxito de otras tentativas⁶⁴. Por otra parte, no hay que olvidar que el valor de la línea de investigación sobre la historicidad de las tradiciones del cuarto evangelio representada por C. H. Dodd en su obra *Historical Tradition in the Fourth Gospel* sirve aquí como base y punto de referencia fundamental.

Sin embargo, recogiendo las reflexiones esbozadas en el apartado anterior, lo que interesa aquí no es la pregunta por la cantidad de información histórica del cuarto evangelio, sino más bien la pregunta por el valor de lo histórico para el autor (o, por lo menos, para el redactor⁶⁵). Es decir, supuesto un fondo de coincidencia fundamental con los datos conocidos por otros medios, ¿qué valor se atribuye a esta información, sea cual sea su extensión?

a) *El valor de lo histórico en el cuarto evangelio*

En un análisis de los indicios que presenta el cuarto evangelio de cara a detectar el valor que lo histórico tiene para su autor (o redactor), es necesario atender a un conjunto de elementos o aspectos que su peculiar presentación del hecho Jesús nos ofrece.

1. El primer elemento a destacar, sin paralelo en los demás evangelios, es el *carácter testimonial*⁶⁶. Es indudable que este aspecto se presta a un tratamiento desde la óptica de la teología fundamental⁶⁷. Pero aquí interesa ver más bien el impacto de este aspecto en la caracterización de la obra de Juan. En este sentido son cada vez más los autores que definirían el escrito joanneo como «un testimonio»⁶⁸: un testimonio del que ha visto y creído

⁶⁴ Los vaivenes de la cuestión de las fuentes ya han quedado indicados en el primer apartado del trabajo. Hay que subrayar la actualidad del intento de reencontrar la fuente de los signos, cf. *supra*, nota 32.

⁶⁵ Es necesario recordar que son cada día más los autores que admiten una elaboración progresiva del cuarto evangelio, en la que tomarían parte uno o varios redactores, cf. O. TUÑÍ, *art. c.*, pp. 250-252.

⁶⁶ Ver ahora: J. BEUTLER, *Martyria. Traditionsgeschichtliche Untersuchungen zum Zeugnisthema bei Johannes*, Frankfurter theologische Studien 10, J. Knecht Verlag, Frankfurt a. M., 1973.

⁶⁷ Precisamente uno de los aspectos más subrayados por J. Beutler en la obra citada.

⁶⁸ I. DE LA POTTERIE, «La notion de témoignage dans Saint Jean», *Sacra Pagina*, II, Duculot, Gembloux, 1959, pp. 193-208; D. MOLLAT, *L'évangile et les épîtres de Saint Jean*, La Sainte Bible, du Cerf, París, 1973, pp. 10-11; J. WILLEMSE, «Jesús, primera y última palabra de Dios», *Concilium*, 10 (1965), 81-98, especialmente 96-98; L. ALVAREZ VERDES, «Kerygma y sa-

a los que no han visto, para que puedan creer. Ahora bien, si se acepta esta caracterización, entonces la importancia del objeto de experiencia es fundamental (supuesto, sobre todo, que por otra parte ha quedado bien sentado que hay una dependencia de las tradiciones del cuarto evangelio respecto de materiales antiguos). Es importante subrayar aquí que no constituye dificultad alguna contra esta apreciación el hecho de que este punto de vista testimonial del autor haya sido una deducción teológica (del modelo de Jesús, testigo fiel y veraz al evangelio). Más bien, dentro de la fe incommovible en el Dios lejano, punto de referencia fundamental, es una deducción lógica, que refuerza la importancia del objeto de experiencia y que hace hincapié en la *fides quae*⁶⁹, tan propia del autor de esta obra⁷⁰.

2. Una consecuencia íntimamente enlazada con el párrafo anterior y que subraya, si cabe, más la importancia de lo histórico: el papel de los *verbos de experiencia*. Ya hace muchos años que la frecuencia de los verbos de *ver* ha sido estudiada y valorada⁷¹. Por otro lado, es interesante la cercanía entre los verbos que expresan el «ver» y el «escuchar»⁷². Más recientemente la función del «ver» se ha estudiado con respecto a la cuestión de la pregunta por el Jesús histórico y, precisamente, porque se valora la importancia de la *distancia* como talante hermenéutico, incide el estudio de F. Mussner directamente en el enfoque que se da aquí a esta cuestión⁷³. C. Traets ha subrayado la importancia del ver histórico en su presentación del sentido y significado de los verbos de visión en el cuarto evangelio⁷⁴. No es, pues, necesario repetir aquí lo que se ha dicho. Baste constatar la importancia creciente de

cramento en San Juan», Pentecostés, 3 (1965), 166-194, habla sobre todo de la primera carta de Juan, pero hace múltiples referencias al evangelio.

⁶⁹ E. KÄSEMANN ha sido quien ha subrayado este aspecto grandemente, en oposición directa a la interpretación de R. BULTMANN, *Jesu letzter Wille nach Johannes 17*, J. C. B. Mohr, Tübingen, 21967, sobre todo pp. 50-51.

⁷⁰ Es decir, que Jesús es el Hijo de Dios, que se manifiesta como Verbo que el hombre oye, ve y palpa, cfr. *ibid.*, pp. 87-91.

⁷¹ E. A. ABBOTT, *Johannine Vocabulary*, A. and Ch. Black, London, 1905, nn. 1597-1611. O. CULLMANN, «Eiden kai episteusen. La vida de Jesús objeto de 'visión' y de 'fe' según el cuarto evangelio», en la obra *Del evangelio a la formación de la teología cristiana, Sígueme*, Salamanca, 1972, pp. 119-134 (publicado originalmente en 1950 [Mélanges Goguel]).

⁷² Estudiada sobre todo por R. BULTMANN, cuya conclusión sobre la prevalencia del escuchar es un tanto unilateral: cf. *Theology of the New Testament*, SCM Press, London, 1967, vol. 2, pp. 70-71.

⁷³ *Die johanneische Sehweise und die Frage nach dem historischen Jesus*, Quaestiones disputatae, 19, Herder, Freiburg, 1965.

⁷⁴ *Voir Jésus et le Père en lui selon l'évangile de Saint Jean*, Pontificia Universitas Gregoriana, Roma, 1967.

este aspecto que, como decía, está íntimamente enlazado con el carácter testimonial del cuarto evangelio.

3. Los datos cronológicos, topográficos, y la vida y costumbres de la Palestina del siglo I ofrecen elementos sorprendentes de un gran interés por presentar a la persona de Jesús en un contexto real. Se ha insistido en múltiples ocasiones en la exactitud de la información contenida en Jn., 2, 20, que permite situar el ministerio de Jesús en un momento concreto y determinado de la historia judía⁷⁵. Por otra parte, las precisas indicaciones acerca de la topografía del sur de Palestina parece que han encontrado confirmación en numerosos descubrimientos arqueológicos⁷⁶. Las múltiples indicaciones sobre usos y costumbres de la Palestina del tiempo de Jesús se centran, sobre todo, en la ciudad santa, sus fiestas, sus multitudes, su templo, sus fariseos despreciadores de la plebe que no conoce la ley, pero que se encuentran bajo el yugo romano, etcétera⁷⁷. Por otra parte, los discursos y discusiones de Jesús con los judíos dejan entrever, en muchos casos, el tono rabínico, propio del juridicismo de la época, juntamente con los argumentos sacados de las Escrituras y los «a fortiori»⁷⁸.

Evidentemente que no se quiere indicar, con la enumeración de estos aspectos, que el sentido primero y único de los mismos sea un interés biográfico. El carácter testimonial que antes ha quedado insinuado ya deja entrever que no es éste el sentido primario de la cronología, topografía y de los datos que hacen referencia a la vida y costumbres de la Palestina del siglo I. Pero no deja de ser interesante un aspecto que podía haber quedado difuminado o claramente en la penumbra. Bastaban unas pocas pinceladas para enmarcar la vida de Jesús en los primeros años del siglo I. El autor de la obra ha ido mucho más lejos. Es precisamente en esto que parece sobresalir su interés por lo histórico en este caso.

4. En un sentido parecido puede catalogarse el hecho de que Juan ha escrito una obra en que se encuentran los puntos fun-

⁷⁵ Precisamente en relación con los trabajos de reconstrucción del templo, con lo que la indicación tiene un punto de referencia cierto.

⁷⁶ Véase el artículo de W. F. ALBRIGHT citado en la nota 36 *supra*.

⁷⁷ «Es la Palestina con la feroz hostilidad entre judíos y samaritanos; la Galilea despreciada, con rivalidades locales, con su rey Herodes Antipas y sus turbas inclinadas a toda clase de aventuras mesiánicas. El mundo judío con sus costumbres religiosas: sus purificaciones, sus costumbres funerarias, sus prohibiciones», D. MOLLAT, *L'évangile et les épîtres de Saint Jean*, p. 48.

⁷⁸ Por ejemplo, en Jn., 10, 32-36. Cf. MOLLAT, *ibid.*, pp. 48-49.

damentales del *kerygma* o proclamación de los hechos y dichos de Jesús. En cuanto tal ha sido catalogada desde siempre como un «evangelio». Este punto es tanto más interesante por cuanto que la aceptada independencia respecto de los evangelios sinópticos confiere, en este aspecto, una originalidad más grande al evangelio de Juan que, por ejemplo, a Lucas o a Mateo, cuya dependencia de Marcos es prácticamente patrimonio de la exégesis actual. El hecho de que Juan tenga una estructura evangélica fundamentalmente coincidente con la sinóptica es, por tanto, un elemento más a tener en cuenta al hacer esta breve enumeración de aspectos que muestran su interés por la historia⁷⁹. En realidad, este autor podía haber escrito una serie de meditaciones sobre el Logos y su función salvífica, su presencia y su permanencia. Podía habernos hablado únicamente de la soberanía de la Palabra. Y, sin embargo, creyó necesario referirse al hombre Jesús.

5. El último punto mencionado presenta uno de los aspectos más sobresalientes del interés de Juan por la historia. Los evangelios sinópticos son, tal vez, más detallistas a la hora de hablar de Jesús en cuanto hombre. Sin embargo, la realidad de Jesús de Nazaret tiene para Juan un interés que va más allá del detalle.

Por una parte, no faltan los muchos elementos que hacen referencia a la vida cotidiana de Jesús: indignación (2, 13-17), fatiga (4, 6 ss.), aflicción (4, 48), huida (6, 15), vida en persecución (11, 54-57), amistades (11, 5), un discípulo preferido (13, 23...), etc. Estos elementos subrayan la realidad carnal de Jesús. Jesús es, ciertamente, un ser de carne. Porque, aunque la carne no vale para nada, sin embargo es capaz de hacernos llegar la gloria de Dios (6, 63). Ahora bien, es precisamente en esta carne del Logos, es decir, en el hombre Jesús, donde se ha demorado la reflexión de Juan. El tema de la humanidad de Jesús adquiere en el cuarto evangelio una dimensión que no tenía⁸⁰ en los evangelios sinópticos⁸¹. Se ha reconocido, en muchas ocasiones, que uno de los grandes logros del cuarto evangelio es haber aplicado la gloria del Logos al Cristo terrestre, de modo que la realidad de Jesús se hace más honda y remite siempre al origen de su hacer y

⁷⁹ Ver, en particular, los artículos citados en la nota 63 *supra*.

⁸⁰ O que sólo aparecía esporádicamente en algún lugar, por ejemplo, en Mc., 15, 39: «Verdaderamente este *hombre* era hijo de Dios.»

⁸¹ Cf. sobre esta constatación I. DE LA POTTERIE, «Le Christ comme figure de révélation d'après Saint Jean», en la obra en colaboración: *Révélation de Dieu et langage des hommes*, Du Cerf, París, 1972, pp. 53-57; D. MOLLAT, *Introduction à l'étude de la Christologie de Saint Jean*, pp. 19-32.

decir⁸². Y no deja de ser significativo en este sentido que el evangelio de Juan se detenga en una consideración explícita de Jesús en cuanto hombre. Los textos de 8, 40; 9, 11; 10, 33 son suficientemente elocuentes e iluminan el «ecce homo» de 19, 5⁸³.

Es decir, el tratamiento de Juan no se reduce a reproducir una serie de datos (la información histórica de que hablaba antes). Hay un segundo nivel de interés en la presentación del hecho Jesús: un nivel que, en consonancia con lo que hemos dicho antes acerca del método de la historia de la redacción, podríamos llamar *dogmático*. La óptica que se sobrepone a la información histórica es una óptica teológica. Por esto la figura de Jesús de Nazaret, su humanidad, es sólo perceptible en toda su dimensión a la luz de su «ser enviado» por el Padre. La óptica de interpretación del cuarto evangelio no queda sólo afectada por la distancia y por el interés en hacer presente el hecho Jesús a sus contemporáneos⁸⁴, sino, y sobre todo, por su carácter teológico⁸⁵.

b) *Una historia dogmática*

En el fondo, por tanto, el tratamiento dogmático que Juan da a los materiales tradicionales hace tremendamente difícil dar respuesta a la pregunta por la cantidad de información histórica del evangelio. Y esta dificultad, percibida sobre todo después de un período de relativo optimismo (el de «new look»), puede abrir nuevos senderos de reflexión. En el cuarto evangelio lo fundamental es simplemente que la realidad inaccesible de Dios se ha hecho patente en el hombre Jesús y que, como tal, sigue presente por el Espíritu en los creyentes. Lo que Juan ha pretendido es una obra de Teología dogmática, que interpreta dogmáticamente unos hechos

⁸² D. MOLLAT, «La divinité de Jésus d'après Saint Jean», LumV, 9 (1953), 101-134, cf. p. 103.

⁸³ Estos y otros textos son analizados, a la luz de lo que aquí se quiere indicar, en las obras citadas en la nota 81 supra.

⁸⁴ Tesis del libro de F. MUSSNER, *Die johanneische Sehweise und die Frage nach dem historischen Jesus*, Quaestiones disputatae, 19, Herder, Freiburg, 1965.

⁸⁵ Es decir, una obra que se escribe desde Dios y que tiene en este punto de referencia la clave del tratamiento de los hechos y realidades que quiere presentar, cf., en este sentido, el artículo de C. MARTINI, «Osservazioni sulla terminologia della predicazione nell'opera giovannea», en la obra en colaboración *San Giovanni*, Atti della XVII Settimana Biblica, Paideia, Brescia, 1964, pp. 111-122.

acaecidos. El talante de la obra no quiere fundamentar la fe (ni tan sólo provocarla)⁸⁶.

Ahora bien, para la explicitación del contenido de la fe (la *fides quae*⁸⁷) ha considerado fundamental la persona de Jesús. La historia objetiva entra así a formar parte del kerygma como elemento constitutivo indispensable. Es el punto de referencia fundamental que corrige cualquier visión ideologizante⁸⁸.

Sin embargo, el tono dogmático de la obra da también la razón de ser de la universalización de muchos de los aspectos del evangelio. Los personajes son englobados en la caracterización «los judíos». La oposición sistemática se llama «mundo»⁸⁹. Los seguidores de Jesús son «los discípulos». El culto oficial judío viene representado por «las fiestas de los judíos», etc. De este modo la historia objetiva es asumida en función de la tesis fundamental y se convierte en el punto de referencia, la base, el fundamento de una interpretación teológica. Dentro de esta óptica las mismas realidades se alargan y todo lo concreto adquiere el valor de signo⁹⁰. Pero no de un signo detallado y menudo. De un signo total. Lo que significa es lo importante (de aquí la selección de signos).

Todo esto enlaza con una tradición hermenéutica largamente olvidada que hablaba de los sentidos de la escritura⁹¹. Estaría

⁸⁶ Véase la interpretación de BARRETT, a Jn 20,30-31, *The Gospel according to Saint John*, SPCK, London, 1955, pp. 478-479.

⁸⁷ Aspecto justamente subrayado por E. KÄSEMANN, *Jesu letzter Wille nach Johannes 17*, sobre todo pp. 50-51.

⁸⁸ En este punto se aprecia una cercanía de fondo muy grande entre Juan y Marcos. Una vez aceptada la independencia del cuarto evangelio respecto de los sinópticos, y tenida en cuenta la hipótesis de la dependencia de Mateo y Lucas con relación a Marcos, hay que admitir que tanto Juan como Marcos se plantean un problema muy cercano: la centralidad de la persona de Jesús y su carácter divino, frente a visiones más gnostizantes o ideologizantes del hecho cristiano. Por ello el acento en ambos recae en el carácter revelador de la persona de Jesús. Para Marcos Jesús es el Cristo-Señor, su acercamiento tiene una impostación más inquisitiva en los gestos y acciones de Jesús. Es más ascendente. En cambio, para Juan el Logos es Jesús. Su tratamiento es más deductivo, más teológico, más dogmático.

⁸⁹ Evidentemente que no es éste el único sentido de este término en el cuarto evangelio, véase, por ejemplo, J. BLANK, *Krisis. Untersuchungen zur johanneischen Christologie und Eschatologie*, Lambertus Verlag, Freiburg a.B., 1964, pp. 186-198 (er johanneische Kosmosbegriff).

⁹⁰ De aquí saca J. LEAL el carácter universal del evangelio, que salta por encima de las estrechas barreras de su tiempo: «El simbolismo histórico del IV Evangelio», *EstB*, 19 (1960), 329-348, cf. J. M. LAGRANGE, «Le réalisme historique de l'évangile selon Saint Jean», *RB*, 46 (1937), 321-341.

⁹¹ Cf. la obra capital de H. DE LUBAC, *Exégèse Médiévale*, 4 vols., Aubier, París, 1959-1964. El volumen de más interés es el segundo, en que trata especialmente de los cuatro sentidos de un modo sistemático.

fuera de lugar reproducir aquí ni siquiera sus líneas más fundamentales⁹². Pero vale la pena recordar que —según la sistematización de H. de Lubac— el sentido literal, es decir, la historia, es el fundamento, la raíz y la roca sobre la que se edifica la interpretación alegórica (es decir, la interpretación de la fe)⁹³. Nuestra salvación tiene lugar en la «profundissima vallis historiae». La redención no ocurre en la imaginación, sino en el tiempo y en la realidad de los hechos⁹⁴.

Ahora bien, lo que hemos cambiado profundamente es el concepto de historia. La hemos absolutizado: «uno de los ídolos más importantes inventados por nuestro siglo» (de Lubac). Cuando en realidad la Edad Media, más fiel a una concepción bíblica de la historia, la consideraba en su conjunto como una realidad global, sin detallismos, y, como tal, era el punto de referencia indispensable para no montar al aire el edificio de la interpretación espiritual⁹⁵.

Ahora bien, precisamente éste es el sentido de la historia para el cuarto evangelio: el que sale del misterio de Jesús, el Logos. Es verdad, en este sentido y si se entiende en el contexto apuntado, la afirmación de E. Käsemann: lo que le interesa al autor del cuarto evangelio no es la historia de Jesús sino la historia del Logos. En otras palabras, la historia de Jesús en cuanto que es la manifestación tangible de la historia del Logos. La historia en el cuarto evangelio es una historia dogmática. Recogiendo la formulación dentro de la sistematización de los sentidos de la escritura de que hemos hablado habría que decir que la historia, en el cuarto evangelio, es una historia alegórica. Y en este sentido es un signo y un testimonio⁹⁷.

CONCLUSION

Es probable que, para muchos, las reflexiones que anteceden resulten simplemente una repetición de lo que otros ya habían dicho —tal vez incluso formuladas de un modo mucho más fe-

⁹² Se ha publicado un resumen de la obra, a base de algunos capítulos selectos: *L'Écriture dans la Tradition*, Aubier, París, 1966.

⁹³ Cf., sobre todo, *Exégèse Médiévale*, vol. II, ch. VII, «Le fondement de l'histoire», pp. 425-487, especialmente pp. 434-439.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 434.

⁹⁵ *Ibid.*, pp. 467-478.

⁹⁶ *Jesu letzter Wille nach Johannes 17*, p. 67.

⁹⁷ Esto enlaza con la caracterización del evangelio como «testimonio» a que me he referido antes, cfr. *supra*, nota 68.

liz⁹⁸—. Queda, sin embargo, la cuestión de si con estas constataciones periódicas no va quedando más clara cuál ha de ser la pregunta a la que está dispuesto a responder el texto y el talante con que se escribió el cuarto evangelio. En este sentido la línea esbozada por J. A. T. Robinson en el «new look» se ha cerrado con el parto de los montes del libro de C. H. Dodd sobre la tradición histórica del cuarto evangelio. Y, paradójicamente, este aparente callejón sin salida ha dado paso a una consideración mucho más fructuosa: ¿por dónde va el valor y el interés demostrados por el autor(es) de esta obra? ¿Qué sentido tiene que, a finales del siglo I de nuestra era fuera todavía importante y significativo escribir una obra en el marco de la predicación kerygmática sobre la vida de Jesús? ¿Por qué escribió Juan precisamente un evangelio?

En el fondo se trata nada menos que de dilucidar si la historia sigue jugando un papel fundamental en la peculiar interpretación joannea del hecho Jesús. Es decir, ¿hasta qué punto son fundadas las interpretaciones de R. Bultmann⁹⁹ y de E. Käsemann¹⁰⁰? En este contexto hay que atender todavía a una labor exegética que, aceptando de entrada el talante dogmático de la obra de Juan, no convierta automáticamente la interpretación joannea en una Cristología idealista y, por tanto, gnostizante¹⁰¹.

Con esto volvemos a la consideración de los géneros literarios que ya quedó insinuada más arriba. Evidentemente que una determinación más cercana del tipo de documentos que son los evangelios es un camino para detectar el valor que cada obra ha querido dar a la información histórica que se halla a la base de la última redacción. Este trabajo no puede perder de vista la diversidad de talentos que presentan los cuatro evangelios. Es bien claro, por ejemplo, que la dependencia de Mt. y Lc. respecto de Marcos hace recaer el peso de la originalidad en este último. Pero, en cualquier caso, la pregunta por la historicidad deberá partir

⁹⁸ Véase, por ejemplo, el tratamiento de esta problemática por D. MOLLAT, *L'évangile et les épîtres de Saint Jean*, 1973, pp. 44-54.

⁹⁹ En el sentido de que en la interpretación del cuarto evangelio que hace Bultmann no tiene valor e importancia alguna la realidad histórica de los hechos. La interpretación existencial prácticamente los tiene como extrínsecos. Son un mero teatro de la salvación.

¹⁰⁰ Según KÄSEMANN, el evangelio de Juan sería el primer intento sistemático que nos ha llegado de una interpretación gnostizante del hecho Jesús. Como tal se apartaría de la historia. El Jesús del evangelio de Juan sería un Logos monofisita y doceta (K. califica el cuarto evangelio como obra «ingenuamente doceta» y habla repetidamente de un «docetismo ingenuo»).

¹⁰¹ Cf. la nota anterior.

de la distinción que antes ha quedado establecida entre el nivel de la historia de las formas y el nivel de la historia de la redacción. Entre un talante de teología fundamental y otro de teología dogmática. El tipo de preguntas a hacer en los dos niveles no puede ser la misma. Por lo menos no hay que esperar que las respuestas sean las mismas.

Es evidente que dentro de los evangelios —considerados como obras teológicas— se puede desentrañar un aspecto de teología fundamental. Por ejemplo, es bien claro que el cuarto evangelio puede dar razón de la coherencia y trabazón de la fe que intenta alimentar. Pero el horizonte en el que vendrá dada esta respuesta no puede salirse de la directriz que marca el mismo talante del autor. Como, por otra parte, no podemos pedir a los fragmentos desligados —las unidades preevangélicas— una trabazón teológica del orden de las concepciones que presentan los cuatro evangelios. En este sentido algunos autores han hablado desde hace tiempo de «formas preteológicas», en cuanto que es muy difícil pedir, por ejemplo, una concepción determinada de la historia a algunas narraciones de milagros.

Este trabajo se ha concebido como un intento de abrir un poco el horizonte de la pregunta por la historicidad de los relatos evangélicos y, en particular, del cuarto evangelio¹⁰². No quisiera, en absoluto, dar la impresión de centrar la amplia problemática que esta cuestión abarca en este punto como panacea universal. Es un intento de cambio de acento, de rehacer sendas perdidas. ¿Lo ha conseguido?

O. Tuñí, S. I.

Facultad de Teología de Barcelona
(San Cugat del Vallés)

¹⁰² Mi conclusión, por tanto, respecto del método de la historia de la redacción es —en lo que toca a la cuestión de la historicidad— muy distinta de la de N. PERRIN, cf. *op. c.*, pp. 68-74.